Legado de familia

Historia de los Reyes Peña

Daniela Reyes Angulo

Legado de familia · Daniela Reyes Angulo

Para mis abuelos, Ernesto y Hermelinda,
y en memoria de todos sus ancestros.

Un legado hecho palabras
para los más pequeños de esta familia,
y para todos aquellos que quieran conocer nuestra historia.

Agradecimientos

A mis padres, Álvaro y María Elena,
y a mi hermano Álvaro, por su apoyo constante y sus consejos.

A mi tío Henry Reyes, por sembrar la primera semilla de este proyecto
y seguir regándola durante todo el camino.

A mis tíos Judith, Nubia, Alejandro, Mauricio y Jenny,
por compartir sus recuerdos con paciencia y generosidad.

A mis primos y a todos los miembros de este árbol que
aportaron sus palabras a este viaje memorial.

Legado de familia

Historia de los Reyes Peña

© 2025 Daniela Reyes Angulo
Primera edición: Mayo 2025
ISBN: 978-628-01-8788-4
Imprenta Editores S.A

Edición, asesoría y apoyo a la investigación: Juliana Jaramillo Vesga.
Corrección de estilo: Mauricio Galindo Santofimio.
Diseño de árboles genealógicos y diagramación: María Paula Rodríguez.
Fotografía: José Luis Sánchez, Daniela González Cabuya, Cristian Prieto Ávila.
Edición de fotografía: Gustavo Reyes y José Luis Sánchez.
Ilustraciones: Alison Morgane Wahl.
Diseño de portada y cubierta: Virginia Salazar.
Investigación principal y texto: Daniela Reyes Angulo.

Hecho con el apoyo de toda la familia Reyes Peña y el patrocinio de:

hv multiplay

u.s. cherry

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
No se permite la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni transmisión en cualquier forma, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros medios, sin el permiso por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

- Dedicatoria 12
- La historia detrás de la historia 14
- Introducción 18

• **PARTE I: ABUELOS Y BISABUELOS** 23

Casa del tío Buenaventura 25
- Árbol genealógico de Ernesto Reyes....26
- Ernesto Reyes 31
- Elia y Lola 50
- Manolo 67

La casa de María de Jesús y Tomás 81
- Árbol genealógico de Hermelinda Peña....82
- Hermelinda Peña 84
- Héctor 101
- La familia Peña Porras 119
- Recetas y Remedios 136

La casa del Mortiño 147

La casa de Palmita 167

• **PARTE II: HIJOS** 185

La casa de Trinidad Galán 187
- Árbol genealógico de la familia Reyes Peña.....188
- Jenny 191
- Álvaro 213
- Judith 237
- Wilson 253
- Nubia 259
- Henry 275
- Alejandro 299
- Mauricio 319

• **PARTE III: NIETOS** 339

Las nuevas casas 341
- Álvaro Ernesto y Daniela 343
- Jariana y Jakel 353
- Liliana y Tomás 363
- Diego 369
- Santiago, Nicolás, Gerónimo y Lorenzo 373
- David y Victoria 387
- Luciana 393

Epílogo: El consejo de los mayores 397

Referentes.....403

Dedicatoria

Para Ernesto y Hermelinda, mis padres.

Haciendo memoria, alcanzo a recordar el día que me sacaron del campo, subido en el camioncito de don Urías Ordóñez. Sentía que los árboles y las montañas se me venían encima, era bien montañerito, lo confieso.

Es que eso somos, una familia sacada del campo, porque tocaba darles estudio a los muchachos, primero en el pueblo; y luego, en la capital. Nunca pasamos hambre, pero tuvimos muy pocos lujos, por eso celebramos hitos importantes como aquel día que convencimos a papá de comprar una nevera, solo alcanzó para un buen segundazo marca Haceb. Luego, vinieron el primer televisor a blanco y negro y un radio tocadiscos. Un teléfono pedimos, pero en Telecom tardaron como veinte años en instalarlo.

A Ernesto y a Hermelinda, mis padres, les abrumaba la idea de sacar adelante a todos los hijos, por eso en la casa convivieron muchas formas de producir y de vender algo. Papá tenía taller, primero de carpintería; y luego, de soldaduras y ornamentación; arreglaba maquinaria agrícola y hacía escopetas. Teníamos tienda con su producto estrella que era el calado y el pan con arequipe. Vendíamos de todas las golosinas y fiábamos a los alumnos internos del colegio Pío XII. También teníamos gallinas que producían los huevos para la casa y para vender en la tienda. Pollos de engorde, cerdos de levante y marranitas de cría; perro, gato, cabra, conejo, loro y pato. Mamá tenía matas de jardín que también vendía, máquina de coser para arreglar la ropa de todos, y nos cortaba el cabello.

Todo esto funcionaba con algo de caos controlado y, en algunos momentos, con ciertos ajustes de autoridad justos y necesarios, según la costumbre de la época, que algunos hermanos, en especial los mayores, sintieron más que otros. Nuestros padres y abuelos nos enseñaron el trabajo, la persistencia, el ahorro y el permanente esfuerzo. La vida nos ha premiado con el don de la inteligencia y la mesura para lidiar con las necesidades, pero también con algunos niveles de prosperidad, sin perder la cordura.

Cuando llegué a Bogotá, me encontré con una sociedad clasista, de apariencias, y excluyente, donde a las familias y a la gente se les mide usualmente por el apellido y por el barrio en que viven, o por el colegio o el club al que pertenecen. Por eso, a mis hijos les negaron en dos oportunidades la entrada al Colegio Nueva Granada de Bogotá. Situación que no me he encontrado en Estados Unidos ni en las economías desarrolladas, porque se premia el conocimiento, la superación y la capacidad de éxito que tengan los individuos. Nunca nos han negado la entrada en ninguna parte fuera de

Colombia. Ahí vamos. Es un proceso y con el esfuerzo, luego vienen las recompensas.

Con la familia y, en un principio, con socios que conocí en la universidad, emprendimos con las compañías Servisatélite S.A y Cablecentro S.A. He ganado y perdido bastante, pero al final, hemos encontrado una estabilidad y una experiencia que siempre me encanta compartir con el que la necesite y quiera pedir consejo. Como digo, eso es gratis hasta para mis competidores. Un sello de lo que hemos hecho en los negocios es cumplir la palabra, honrar los compromisos y no hacer negocios torcidos, fue lo que nos enseñaron nuestros padres. Creo que por eso los colegas y competidores de la industria confían en nuestro actuar. Todavía me sorprende que la empresa que tenemos ahora, HV Televisión S.A.S, me la fiaron sin ninguna garantía más que la seguridad de que les íbamos a pagar.

Gracias a los resultados de las empresas que hemos creado con la ayuda de mis hermanos, familia y equipo de trabajo, he podido darme algunas comodidades y ofrecer a mis hijos la educación en instituciones de prestigio del Reino Unido y Estados Unidos. Espero que lo sepan aprovechar para beneficio de toda la familia y de la descendencia.

Decidimos hacer este libro porque en algún texto de historia sobre Pacho, la región que nos vio nacer, mencionan a los ancestros de mi padre y en esos escritos él no aparece. Pero Ernesto existe y está vivo. Aunque no tuvo padre presente, fue criado por su madre Resurrección; vivió en el Mortiño, allá nació su primera hija, luego se casó con Hermelinda y tuvieron siete hijos, catorce nietos y, por ahora, tres bisnietas, que también viven para testificarlo.

Este libro es la historia de nuestra familia, pero también la de muchas que fueron del campo a la ciudad y que han experimentado los grandes cambios de Colombia en los últimos cincuenta años. Un documento histórico para que las siguientes generaciones aprendan sobre los viejos y sobre su legado, para mantener la cultura, las tradiciones y los valores que nos han formado.

Por último, agradezco a mi sobrina Daniela Reyes, quien tomó el liderazgo de este proyecto para reunir nuestra historia. A mis padres, hermanos, hijos, sobrinos, tíos y demás familiares que apoyaron esta labor. A Juliana Jaramillo, editora y acompañante de escritura, y a los otros colaboradores que estuvieron detrás del diseño, la fotografía y la impresión de este legado.

Henry Reyes Peña.

La historia detrás de la historia

Mientras hacía mi carrera de literatura en Bogotá, escuché muchas veces cómo las familias de mis compañeros, e incluso la mía, le pedían al sobrino o nieto literato que escribiera un libro contando la historia de todo el grupo familiar. Normalmente, esto se queda solo como un deseo de las tías y las abuelas nostálgicas. Sin embargo, esta es una excepción. Poco después de graduarme, tuve la oportunidad de trabajar en este proyecto que llevó a cabo ese mismo deseo, y que me ha enseñado más de lo que podría decir. Siento una profunda admiración por las personas que hicieron posible la materialización de este libro.

La familia Reyes Peña consiguió reunir sus historias con la intención de guardar para las generaciones venideras una valiosa memoria sobre sus raíces. La atención está puesta en la particularidad: entendemos quién es hijo de quién, cómo fue la crianza y cuáles eran las costumbres del hogar. Sin embargo, es inevitable que los entrevistados hagan referencias a hechos que solo se entienden con algún conocimiento previo sobre la historia de Colombia. Por eso, es necesario que ahora enfoquemos la mirada desde una perspectiva más amplia, para ver el contexto cultural donde pasaron las cosas.

Gran parte de esta historia ocurre en Pacho, Cundinamarca, un pueblo montañoso, adornado de ríos, quebradas, cerros y laderas. Hace unos doscientos años, en una Colombia que recientemente había alcanzado su independencia, se le encargó al mineralogista alemán Jacobo Wiesner la búsqueda de minas de plomo en Cundinamarca para producir armamento y realizar una campaña contra los grupos que aún apoyaban el dominio de la Corona española. Además de encontrar plomo, Wiesner descubrió en los alrededores de Pacho formaciones de hierro y construyó una forja catalana de ladrillo refractario para hacer las primeras pruebas de extracción en 1814.

Rápidamente, se conformó un grupo de socios que decidieron potenciar la explotación y producción de hierro en Pacho. Con este fin construyeron un alto horno, el segundo que existió en Latinoamérica; esta herramienta permitía alcanzar temperaturas más altas que la forja y manejar más grandes cantidades del mineral. Hacia 1840, Robert H. Bunch asumió la dirección de la empresa y empezó a contratar técnicos ingleses, expertos en la producción de hierro, que llegaron a Pacho junto a sus familias.

Frente a las oportunidades que ofrecía esta industria, se generó una ola de migrantes que venían de Inglaterra a Cundinamarca. Entre ellos estaba Thomas B. Corradine Banks, quien llegó cerca de 1860 junto a su esposa, Sarah Till, para trabajar en la siderúrgica La Pradera, en Subachoque, y en las minas de sal de Zipaquirá. El único hijo de este matrimonio fue Edmundo Corradine Till, quien nació en Zipaquirá, en 1873. Un año después, la familia regresó a Inglaterra,

pero volvió a Pacho a finales del siglo XIX y fundó una hacienda cafetera llamada San Jorge. Edmundo se dedicó a la medicina y se casó con Marta J. Wiesner; uno de sus hijos dentro del matrimonio fundó la Siderúrgica Corradine, en Pacho, alrededor de 1930. Sin embargo, también tuvo una cantidad considerable de hijos no reconocidos. Entre ellos está Ernesto Reyes, quien conservó el apellido de su mamá Resurrección; él es el padre y abuelo de esta familia, junto con su esposa Hermelinda Peña, nacida también en el campo pachuno.

Ya bien entrado el siglo XX, cuando ocurría en Europa la Segunda Guerra Mundial, Ernesto y Hermelinda pasaban su infancia en la vereda el Mortiño Occidental. Quedaba en el camino entre el pueblo y el lugar donde se extraía el hierro, por lo que era una vereda poblada, las personas circulaban comúnmente y había cierto movimiento comercial. Según un censo que se hizo en 1938 —año en el que nació Hermelinda y en el que Ernesto tendría 11 años—, Pacho tenía 23.780 habitantes, de los cuales 20.625 estaban en las veredas y 3.155 en el sector urbano. Es decir, era una sociedad en la que una parte importante de la economía y las relaciones sociales se daba entre la gente del campo; el pueblo era un lugar de encuentro para vender los productos de la finca, abastecerse del mercado y los recursos que se pudieran necesitar.

El campo estaba dividido en haciendas, parcelas y fincas de distintos tamaños, cuyos propietarios pertenecían a diferentes clases sociales. La tierra no siempre era trabajada por sus dueños, sino que había diferentes modalidades de trabajadores. Unos eran los arrendatarios, que vivían en las fincas de los propietarios y pagaban su estancia en dinero, productos o días de trabajo; otros eran los aparceros, que hacían algo similar en terrenos más pequeños, y también estaban los obreros, que iban a la finca cuando era tiempo de cosecha o para hacer alguna labor a destajo. En el caso de los pequeños propietarios, eran ellos mismos, junto a sus familias, quienes trabajaban la tierra y comerciaban sus productos.

En ese momento, la situación política en Colombia estaba fuertemente marcada por las tensiones entre el Partido Conservador y el Liberal. Aunque la discusión parecía ser ideológica, los dirigentes de ambos bandos tendían a demostrar más interés por el poder en sí mismo que por el bienestar de los colombianos o por la coherencia entre sus acciones y su discurso. Durante esta primera mitad del siglo, era improbable que los habitantes de Pacho tuvieran una filiación política basada en ideales claros porque no había muchas posibilidades de informarse. La mayoría de las personas se definía por influencias familiares, laborales o religiosas.

Al no haber convicciones fuertes, la pertenencia a uno u otro partido no causaba confrontaciones violentas, como sí ocurría en otros departamentos. Pero este entorno pacífico se transformó a partir de 1948, con el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá. El hecho ocasionó una revuelta que terminó en la destrucción parcial de la capital y en la muerte de alrededor de tres mil bogotanos. En Pacho, los campesinos liberales asaltaron almacenes para aprovisionarse de machetes, armas, licor y mercancía; querían demostrar su apoyo a la revuelta ocurrida en Bogotá. Afortunadamente, no hubo asesinatos en el pueblo.

Para contrarrestar la amenaza de subversión, el gobierno empezó promover la idea de que los liberales, en general, eran peligrosos y debían ser neutralizados a como diera lugar. Así pues, el territorio pachuno

fue ocupado por la Policía y el Ejército con la intención de polarizar a la gente; esta estrategia es conocida como la conservatización de Colombia. Los liberales se identificaban con el color rojo y los conservadores con el azul. Como resultado de la división sectaria que se llevó a cabo, las señoras conservadoras dejaron de cultivar flores rojas en sus jardines y cada familia empezó a pintar techos y paredes del color que le correspondía a su partido.

En 1950 se posesionó como presidente el conservador Laureano Gómez; entonces, se intensificaron los mensajes de odio y se generó un ambiente local donde liberales y conservadores ahora eran enemigos declarados. Ciertos grupos de ambos partidos amenazaban a los campesinos del bando contrario con matarlos o quemarles su casa si no estaban dispuestos a reconsiderar su voto. Así se explica el comportamiento de Tomás Peña, quien se cambiaba el pañuelo de azul a rojo en el camino que hacía con sus mulas a Zipaquirá, porque era importante saber desde antes cuáles eran las veredas de cada partido.

En Colombia, el periodo de 1930 a 1957 se conoce como la época de la Violencia —con mayúscula—, pues las consecuencias del conflicto bipartidista alcanzaron cifras muy altas de muerte, desplazamiento y pobreza. Ante la escasa presencia del Estado, muchas familias se vieron forzadas a abandonar el campo para buscar refugio en la ciudad. Esto derivó en una reorganización territorial en la que aparecieron grandes gamonales y terratenientes, muy distintos a los propietarios que había años atrás. Para el conflicto político, la solución que se encontró fue que liberales y conservadores se alternaran en el poder, cuatro años cada uno, tratando de que hubiera una repartición más equitativa entre los partidos. Esta dinámica se llamó Frente Nacional y duró de 1958 a 1974.

Buscando un mejor acceso a la educación para sus hijos, Ernesto y Hermelinda decidieron irse para el pueblo alrededor de 1970. Gran parte de la crianza de sus hijos ocurrió en Pacho. En la década de los ochenta, algunos personajes empezaron a posicionarse allí como figuras de poder con medios obtenidos de la ganadería, el sector esmeraldero o el narcotráfico. Con intimidación y violencia, lograron tener el poder suficiente para controlar la región, muchas veces por encima de las instituciones estatales. Ellos instauraban el orden social a su conveniencia. Esta fue una realidad que tocó a Pacho muy de cerca, pues junto a Medellín y Cali, fue uno de los epicentros donde se vivió este conflicto. A mediados de los noventa, los carteles de la droga y los conflictos esmeralderos fueron minimizados.

Los conflictos internos en Colombia han generado grandes frustraciones en el desarrollo social y económico. La familia de Ernesto y Hermelinda pasó por estos momentos históricos con honestidad, generosidad y buen sentido del humor. Como ellos, hay muchas personas que decidieron quedarse y formar aquí familias prósperas y felices. En la actualidad, la generación de jóvenes, nietos de Ernesto y Hermelinda, no se ve afectada directamente por la violencia. A pesar de que aún hay conflictos irresueltos, el contexto social y económico ha cambiado notablemente.

Se dice que la familia es el núcleo fundamental de la sociedad; en ella se forman y se transmiten valores que después se verán reflejados, teóricamente, en los espacios culturales que involucren colectivos más grandes. Sin embargo, esta relación es recíproca: el ambiente político de un país también influye en la cotidianidad de los habitantes y sus familias, pues la historia nacional y la individual se tejen simultáneamente.

Juliana Jaramillo Vesga, editora.

Introducción

Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa.

BERTOLT BRECHT

Un libro sobre la familia Reyes Peña

Sangre, músculo, hueso, la célula misma, donde está el ADN, habla de los ancestros. Desde la estructura primera, el cuerpo no es una composición de elementos nuevos sino una codificación de señales del pasado, como lo es la estructura familiar, por eso, cuerpo y familia están conectados. Los huesos guardan las memorias de los antepasados; ellos llevan en sí mismos la información de la historia que nos soporta. Las articulaciones son la unión de esas memorias y cada una de ellas guarda un significado. En los tobillos se resguardan los pasos de los padres, el trabajo de sus pies y de sus piernas, que luego es materializado por las muñecas de los hijos.

Esta historia empieza en los tobillos de Ernesto Reyes y Hermelinda Peña. El cuerpo de esta familia son sus siete hijos: Álvaro, Judith, Wilson, Nubia, Henry, Alejandro, Mauricio y la primogénita de Ernesto, Jenny. Además de hermanos, nietos, tíos, esposos, consuegras, padrinos, comadres y compadres, vecinos, amigos, aquí estamos recopilados en esta rememoración colectiva.

Los Reyes Peña cada vez que se reúnen sacan cuentos, chistes, refranes y anécdotas de sus vidas. Son los mismos relatos de siempre, pero se cuentan y se recuentan para los nuevos oídos dispuestos a escuchar. Estas historias transmiten lo que somos, como individuos, como familia, como pachunos y seres humanos.

La que escribe es la hija menor del hijo mayor. Daniela, Danielita, como me dicen en la familia paterna. En esta familia todos tenemos un diminutivo de puro cariño. Incluso quienes tienen sesenta y más, todavía viajan con un ito o ita en su sustantivo propio. Yo, crecida en este pueblo, y mitad costeña (por parte de mamá), alimentada de las historias y de las voces de los antepasados, me decido a dedicar gran tiempo al desarrollo de este libro. Lo hago por una motivación mucho más grande que el compromiso familiar: el autoconocimiento. Así mismo, espero que los que a través de mí lean a nuestros familiares, también lo vean como una señal para llegar a conocerse a sí mismos.

El pueblo donde los tobillos ancestrales empezaron a caminar

Hay dos cosas inalterables en la vida: que nacemos y que morimos. La primera viene con fecha, hora y lugar. Como la última es desconocida y no es más que la causa de la incertidumbre existencial más grande, pues la primera se vuelve notablemente importante. El origen de nuestra familia está en Pacho, allí vuelve la melancolía cuando se ha caminado mucho y no se sabe a dónde se va. Hay miles de pueblos iguales con parque central rodeado de iglesia, alcaldía, banco y comercio, con grandes montañas verdes y gente chismosa, que se suscriben bajo el infaltable lema de "pueblo chico, infierno grande", pero Pacho es especial para nuestra familia.

Es el territorio a donde nuestros bisabuelos llegaron desde diferentes lugares de la tierra y decidieron asentarse. Lo vieron bonito y productivo, lo vieron especial. Así como los muiscas lo hicieron algún día. Nuestra herencia es más que todo campesina y por eso la historia se remonta en un principio a la vereda el Mortiño Occidental, de Pacho.

Desde el corazón y las historias de los abuelos veremos a Pacho desde los años 20 hasta el presente, pero desde mi mirada no faltarán esas comparaciones con lo que es hoy el pueblo, que también es mi lugar natal y por el que siento especial cercanía. Mi recuerdo más certero de Pacho, el que me devuelve al hogar, es el atardecer que se asoma por la ventana de la casa de mi niñez en La Palmita. Eso y la vista lejana de mi pueblo cuando voy en carretera. Hay un punto específico, después del páramo y antes de llegar a las curvas bestiales, donde se ve un pequeño valle, centro de Pacho, rodeado de grandes montañas; a veces todo brillante y vistoso, a veces enceguecido por la neblina. Hoy es un lugar en el que habitan casi 30 mil personas.

Las casas del recuerdo

Este recorrido por la historia de mi familia no está organizado simplemente con una linealidad temporal, pues su construcción tiene que ver con nuestra memoria y con el encuentro de mi voz como narradora que también comparte sus propias memorias. Quienes estamos obstinados en recordar, sabemos que la rememoración no se rige por la línea del tiempo que indica que unas cosas pasaron antes que otras; entonces, el lenguaje que la recupera y la cuenta tampoco puede comportarse así. Por eso voy a utilizar las casas en las que ha habitado nuestra familia como centros vitales para contar esta historia.

Al igual que las casas, las familias tampoco son las mismas y la forma en la que cada generación las experimenta cambia. Así se estructura este libro: cada parte habla de una generación y cada generación habla de sus casas. A partir de este eje, se tocan temas repetitivos y puntuales que nos caracterizan, como el trabajo, la contención de los padres, las recetas naturales y las relaciones con los vecinos y amigos.

Hay una serie de mudanzas y viajes desde lo más recóndito del campo hasta la ciudad. Desde las historias que cuentan de los bisabuelos, vemos la intención de acercarse cada vez más al pueblo para que sus hijos tuvieran acceso a la educación y, por lo tanto, a mejores condiciones de vida según el contexto en el que vivían. Estas migraciones sitúan a la familia en una realidad compartida por muchas personas que podrían identificarse con nuestra historia.

En este recuento de casas no solo se habla de migración, de ir de lo duro a lo fácil, de los saberes del campo al progreso, sino también de las ganancias y pérdidas que han tenido los hogares con estas transformaciones. En pocas generaciones las cosas han cambiado, los abuelos construían sus casas,

nosotros, ahora, las compramos o las arrendamos hechas. Evidentemente, la naturaleza ya no ocupa un lugar protagónico en todos los aspectos. Antes no se trataba simplemente de que la construcción estuviera rodeada de un ambiente natural, sino que ella misma era una extensión de la tierra al estar hecha con materiales como barro, estiércol y guadua. Las casas, al igual que nosotros, son lugares que evolucionan, crecen y se transforman.

Esos cambios los veremos en las partes que componen este libro. En la parte I, generación de los abuelos, se presentarán esas casas del campo. La parte II hablará de la casa de la ciudad. Por último, la parte III, un poco más abstracta, da cuenta de la generación de nietos, donde la casa no es el eje central sino la mirada que tenemos hacia esos preceptos que nuestra familia ha consolidado y transmitido.

El legado

Pasa que sin adjetivos ni adverbios las frases quedan incompletas y este relato sería insípido y resbaladizo. Hay cosas que atravesaron mi emocionalidad muchas veces y quise ponerlas todas con mis juicios afanados, pero preferí no hacerlo, por respeto a quienes compartieron sus vidas con sinceridad. Por eso, traté de mantenerme como observadora y ser lo más cercana a lo que me contaron.

Los invito a que, así mismo, lean con apertura, a mirar a cada persona como un igual, como alguien a quien no le dijeron cómo vivir, e hizo lo que pudo con lo que le tocó en la vida. A todos nos dan consejos de cómo pasar este viaje; solo se va aprendiendo en el camino, sin embargo, puede que las palabras de algunos de los entrevistados les sirvan como una guía. Espero que, para mis familiares, los grandes y los pequeños, conocer nuestras historias sea una oportunidad para comprender, aceptar y asumir la vida que tenemos.